

I

Delta del Níger (África). Año 2001

Se había olvidado de cómo era la oscuridad. Hacía tanto que la negrura no caía sobre su pueblo después del atardecer... ¿Cuándo fue la última vez? Le era imposible recordarlo. Quizá fue mucho antes de que él naciese. Los tres soles que habían instalado los *Mbakara* cerca del río iluminaban incansablemente el cielo estrellado, reflejando en sus ondulaciones un inquietante y furioso resplandor de fuego.

Nunca había estado tan cerca de ellos como lo estaba aquella noche. No porque no hubiese querido; el brillo en las sombras lo abducía tanto como lo hacía el ensordecedor y pesado ruido de aquellos lanzallamas. Era imposible no querer acercarse. Pero su madre se lo había prohibido terminantemente: «Si el sol de la mañana tiene el don de la vida, esos tres que nunca se apagan son todavía más poderosos con el don de la destrucción», le decía siempre que hablaba de ello. Menos mal que su madre no sabía dónde se encontraba en ese momento. Ek Okene, su padre, le había despertado en mitad de la noche, como le había prometido. Iba a ser una noche especial. En secreto, le enseñaría en qué consistía su nuevo oficio. Antes de que confiara en él, tuvo que prometer tres veces seguidas que no se lo contaría a nadie, incluida mamá Alike.

No tendría ningún problema en guardar el secreto; era un especialista. Sobre todo con su madre. Aun no se había enterado de que fue él quien colgó de un árbol tres de los carneros de Emmanuel, haría casi un año. Trabajo que por cierto no fue nada fácil. Si se lo contase a su padre, seguro que más que enfadado se sentiría orgulloso de cómo consiguió transportarlas hasta la copa con su ingenioso sistema de polea. Pero se alegraría aun más si se enterase de las

cincuenta Naira que ganó ayudando al viejo Emmanuel a bajarlas de nuevo.

Alika tampoco se había enterado de quién había robado la leche de la escuálida vaca de Helen durante casi dos semanas durante el verano pasado. No podía evitar dejar escapar una risa maliciosa al recordarlo, especialmente la tozudez del animal los tres primeros días que saltó la valla; más tarde, se fue acostumbrando a la presencia de su dueño de alquiler y lo dejaba trabajar con más rapidez, dándole tiempo a terminar antes de que el sol despertase a su verdadera propietaria. Todavía notaba el peso de las doscientas Naira por semana que le reportó aquella buena cantidad de leche al venderla en el mercado de la gran ciudad. En una ocasión incluso llegó a las trescientas Naira, pero ese fue un momento especial.

Afortunadamente, su padre nunca preguntaba de dónde salía su pequeña fortuna. Era su confidente sin apenas tener que confesarle nada. Poco importa la procedencia del dinero cuando se lucha por no morir de hambre. Además, ¿qué podría hacer de malo un chico de apenas diez años?

Su padre no tendría motivo por el que preocuparse. Alika nunca se enteraría de su secreto.

Ek era un hombre muy tranquilo, fuerte y seguro de sí mismo. Pocas veces se le podía ver tenso o discutir. Siempre encontraba una solución parándose a pensar antes de actuar. Nunca se precipitaba. A muchos conseguía enfadar porque nunca alzaba la voz cuando intentaban discutir con él. Nunca actuaba con prisas. Cuando su madre o él enfermaban, se comportaba como si no fuese a pasar nada, como si fuese capaz de adivinar el futuro. Nunca se preocupaba por las cosas que no tenían solución. Mirarlo le tranquilizaba. Pero no hoy. Por su semblante podía notar que algo malo de verdad iba a ocurrir. Al verlo sentado a su lado parecía nervioso.

Era imposible escuchar nada por encima de aquel ruido; ni siquiera se oía el golpe de los remos al chocar con el agua. Solo

permanecía el incansable rumor de los tres soles escupiendo fuego. Al irse acercando a ellos, la luminosidad le permitía reconocer a todos los que los acompañaban en la barcaza. Bogando a su espalda estaban Zama y Agize, dos enormes hermanos gemelos y Juri, el más joven del poblado después de él. Juri era hijo de Emmanuel, el pastor, y más de una vez le había ayudado a llevar a pastar a sus cabras aunque no se llevasen especialmente bien. Era cuatro años mayor que él y eso le daba mucho poder. Quizá cuando los dos fuesen adultos esa diferencia apenas se notaría, pero por ahora Juri era bastante más fuerte y siempre se aprovechaba de ello cuando había algún trabajo que no quería hacer. ¿Cuántas veces le tocó meterse a él mismo en el agua del río a recoger a alguna de las cabras que se habían caído al acercarse a beber? No lo sabía. Entonces fue cuando aprendió que las cabras no saben nadar; y hasta que no se hubo metido por primera vez en el agua a por ellas, él tampoco sabía hacerlo.

El mejor amigo de su padre, Bubu, estaba al timón. Con semblante serio miraba al horizonte; moviendo ligeramente a izquierda o derecha, según su instinto, el mango de madera que sobresalía de la popa. Era la única persona a la que podía escuchar contando las historias de la guerra que su padre siempre se negaba a relatar; siempre se ponía triste con ese tema. Pero Bubu no. Le encantaba hablar sobre los escondites donde tenían que meterse en tiempos de guerra, sobre las armas que debían disparar, el ruido, el olor... todo lo describía con una perfección que a veces daba miedo. Su historia favorita era una en la que también salía Ek. La historia de cómo se había hecho la cicatriz del brazo que desde entonces siempre llevaba a la vista de todos. Un enorme agujero sonrosado a la altura del hombro. Un círculo perfecto. Era su trofeo de guerra favorito. Por lo menos era del que más orgulloso se sentía y no dudaba en mostrarlo y contarle aquella historia a todo aquel que le miraba el brazo aunque fuera de soslayo. Sin embargo, desde hacía unos años, esa herida estaba perdiendo su color. En todo su brazo asomaban unas costras blandas; al igual que en algunas zonas de su cara. No era el único del pueblo al que le ocurría. Muchos más habían acudido al

chamán para pedirle consejo. Pero todavía no había encontrado una receta para tratar aquellas heridas tan extrañas. Parecía como si una nueva enfermedad silenciosa estuviese atacando la aldea. Oía decir a la gente que en algunas ocasiones esas magulladuras les quemaban, «como si tuviesen el mismo infierno pegado a la piel».

Debían de escocer tanto como lo hacían los ojos de su padre. Hacía meses que no se deshacían del color rojo que los envolvía. No desaparecía. De vez en cuando, cuando hablaba con él, Ek lloraba. Pero siempre le juraba que no era porque estuviese triste o le doliese nada. Era solo que no podía evitarlo. Se restregaba los ojos, se secaba las lágrimas con la manga de su camisa vieja y procuraba que lo olvidase.

Ahora al acercarse al fuego, sus ojos no dejaban de lagrimear. Podía contar cuántas gotas resbalaban por su mejilla; eran como estrellas fugaces atravesando un cielo oscuro al encenderse con la luminosidad del fuego. Quizá era por eso que ahora lo percibía más triste de lo habitual.

—¡La señal! —dijo Bubu parando de golpe el manejo del timón.

El estruendo era tal que tuvo que elevar mucho la voz para que el mensaje llegase hasta la tripulación.

Ek pareció despertar de su letargo. Justo delante de él podía ver unos destellos blancos que procedían de otra barca similar a la suya. Alguien encendía y apagaba una linterna a intervalos cortos. Se giró hacia atrás y vio cómo los otros cuatro compañeros cogían de nuevo los remos colocados entre los barriles oxidados y empezaban a paletear.

Ek soltó un codazo a su hijo para que hiciese lo mismo que el resto. Pero él no había dejado de apretar el mango del remo en todo ese tiempo en que estuvieron esperando la señal. Solo tuvo que dejarlo caer para que sacudiese de nuevo la tranquilidad del agua.

Mientras remaban nadie hablaba. En parte porque era imposible escucharse, en parte porque cada uno iba pensando en las instrucciones que debían seguir. Antes de subir a la barcaza habían estado hablando de cosas que a él le eran incomprensibles. Pero logró deducir que cada uno tenía una labor específica, aunque lo único que le importaba de todo lo que escuchó era que Ek y Bubu seguirían a los hermanos Okoro. Su tarea consistía en no perder de vista a su padre, debía estar atento a todo lo que hacía. Algún día debería repetirlo él mismo.

Se aproximaban más a los tres soles y empezó a sentir mucho más los efectos de aquella extraña combustión. Desde luego que el ruido era insoportable, pero no más que el hediondo olor a quemado. No podría describirlo bien: ¿ácido quemado? Era un olor parecido al del chamán cuando quemaba veneno de serpiente intentando encontrar la cura para algún mal. Era eso, pero multiplicado por mil. Aun así, el olor no era lo peor de todo. La garganta le ardía y los pinchazos en la piel le estaban acribillando. Un ejército de abejas invisibles le estaba torturando, o quizá fuesen miles de agujas bien afiladas las que se le clavaban en la piel mortificándolo. Pensó que solo era él la víctima porque nadie se inmutaba. Ni siquiera Juri. Su compañero permanecía sentado con rostro serio, apoyado en un barril cuya pintura roja empezaba a agrietarse. Mantenía su mirada fija en una de las antorchas incandescentes.

Incómodo, se volvió hacia su padre esperando alguna reacción que le reconfortase, pero Ek solo observaba cómo los componentes de una barcaza como la de ellos, que iba por delante, se encaramaban con ligereza a la construcción desde donde se escupía el fuego. Uno de ellos, el más forzudo, ayudaba a subir los barriles que habían transportado también desde allí.

—Preparados —dijo su padre mirando hacia atrás—. Es nuestro turno.

La barca empezó a tambalearse de un lado a otro cuando comenzó el movimiento de la tripulación, preparándose para ascender. Él continuó sentado mientras los demás iban y venían, al mismo tiempo que la proa de su barca también tocaba la instalación de acero.

—Tú no te muevas de aquí —le advirtió su padre—. Solo observa lo que hacemos. Algún día te tocará hacerlo a ti también

La mirada de su padre mantenía el miedo que le pareció percibir antes. Pero ahora pudo notar que, aun con miedo, confiaba en él. Debía evitar defraudarlo. Afortunadamente, de la misma manera que era especialista en guardar secretos, lo era en observar y aprender. Se consideraba listo, a pesar de haberle sido imposible ir a la escuela. No le costaba mucho esfuerzo aprender nada. Solo tenía que prestar atención y después repetirlo. Así hasta que le saliese sin pensarlo. De ese modo había aprendido a pescar.

Antes de que los peces se marchasen del río, su padre había sido pescador. Uno muy bueno, le encantaba el mar, los ríos... todo lo que tuviese que ver con tocar el agua que contiene la vida. Su padre, al caer el sol o a la hora en que salía por el horizonte, siempre iba hasta el arroyo cargado con cubos y con su inseparable red de pescar. Se introducía en la corriente hasta que tenía medio cuerpo sumergido en el agua, giraba la cintura hasta tocar su espalda con las manos y tensando los músculos de su torso, lanzaba la red de mayas anudadas. Después de un par de veces viendo cómo lo hacía, aprendió el arte. Su padre le había enseñado que lo más importante era prestar atención a la corriente, escuchar el murmullo. Si ésta se sentía bien con uno allí dentro, si se le prometía no abusar de su generosidad, ella, por sí sola, traería los bancos de peces hasta él. Pero de repente un día, los *Mbakara*, los blancos, se llevaron todo el pescado que contenían sus aguas. Ek se quedó sin trabajo y él sin la oportunidad de demostrar su destreza con la malla. Alike decía que los habían matado, que los blancos habían envenenado todo el pescado de los manglares. Eso le hizo pensar en lo complicado que sería matar a

todos los peces de un río. De pequeño, a veces, podía pescarlos a patadas cerca de su casa. Los había a montones zigzagueando en el agua tibia de la orilla. Era imposible que los hubiesen matado a todos. Además le entristecía esa idea; le ponía furioso que alguien pudiese hacer eso con algo que no era suyo, que robasen lo que su padre tanto se esmeraba en proteger. «Se deben de haber marchado esperando volver algún día», pensaba siempre para sí cuando se acercaba a la orilla en el atardecer.

Se olvidó por unos instantes del intenso calor, del fétido olor, de los agujijones invisibles... Se concentró observando cómo Bubu ayudaba a subir el último de los barriles que transportaban a su padre, que ya se había encaramado a lo alto de la plataforma en medio del manglar.

—¿Todo listo? —preguntó Bubu poniéndose las manos en forma de embudo.

Su padre le respondió con la señal de *OK*. Después, Bubu le dijo algo que no llegó a entender y se marchó hacia arriba trepando con torpeza por las vigas de hierro enmohecido. Bubu ya no parecía el mismo que el de los tiempos de guerra de sus historias, además, la manguera que se colgó del brazo parecía molestarle.

—¿Dónde están? —Preguntó Bubu al oído de Ek una vez se hubieron reunido.

La plataforma estaba atestada de gruesos tubos de acero que iban y venían en todas direcciones. El suelo metálico estaba caliente, incluso quemaba para sus pies descalzos y endurecidos, acostumbrados a soportar altas temperaturas. Al otro lado de una gran cuba, vieron sombras moverse en la oscuridad.

—Esperan los últimos barriles —respondió Ek—. Todo está como lo planearon.

Se dieron una palmada en la espalda y juntos emprendieron la marcha para perderse en lo alto de la torre.